

Sobre el Pasaje de Juvenal VI 33-37

En otro lugar hemos defendido, de un modo general, el indudable sentido ético y moralizador de la sátira de Juvenal ¹, sentido que no le es universalmente reconocido, y que en el libro de Marmorale, *Giovenale*, Bari, 2.^a ed. 1950, le es acremente discutido. Este autor, en efecto, en el primer capítulo de su libro, titulado equivocadamente «Il moralismo di Giovenale», se dedica a investigar el sentido ético de infinidad de pasajes, en los que, huelga decirlo, sólo hay insinceridad, hipocresía, y, a lo más una indignación meramente retórica y vacía de contenido. Esta tesis de la amoralidad de Juvenal se conjuga adecuadamente con la del capítulo siguiente, titulado de forma no menos equivocada «La poesía di Giovenale»; en este capítulo se pretende demostrar la tesis, no menos atrayente, de que Juvenal no es un auténtico poeta, sino un simple erudito que conoce escolarmente las reglas de componer hexámetros. Nada más.

Una defensa de la poesía de Juvenal la hemos también efectuado en otra parte ²; hoy quisiéramos insistir sobre un pasaje de la sátira sexta sobre el que, fundamentalmente, ha montado Marmorale todo el andamiaje que soporta su posición demoleadora del moralismo del satírico. El pasaje es VI, 33-37 ³:

1. JUVENAL, *Sàtires*, Fundació Bernat Metge, Barcelona 1961. p. 19 ss.

2. *Id.*, p. 21 ss.

3. MARMORALE, *o. c.*, p. 49 ss.

Aut si de multis nullus placet exitus, illud
 nonne putas melius, quod tecum pusio dormit?
 Pusio, qui noctu non litigat, exigit a te
 nulla iacens illic munusecula, nec queritur quod
 et lateri parcas, nec quantum iussit anheles.

Es cierto que este pasaje, leído así, aislado de su contexto, causa un justificado reparo. Pero, ya de buenas a primeras, un mediano conocedor de la obra de Juvenal debiera sorprenderse ante un consejo de tal índole, porque Juvenal no descende jamás gratuitamente al fondo de la miseria humana, por el repugnante placer de hozar en él, y jamás da un consejo de mala índole, no ya paralelo en gravedad al que, aparentemente, da en estos hexámetros, sino ni tan siquiera de maldad infinitamente menor. Todo esto no ha querido verlo Marmorale, no ha querido ver como, de aceptar su interpretación del pasaje, el poeta se pone en flagrante contradicción consigo mismo, y precisamente en uno de los puntos que más eficazmente han movido su pluma, para darnos la estupenda sátira segunda.

El fallo constante del libro de Marmorale es aducir pasajes con muy pocas alusiones al contexto, o al menos alusiones que comprendan las secuencias como algo animado por un único pensamiento. En nuestro caso no ha obrado distintamente, pues la referencia que al contexto se hace sirve sólo para enmarcar materialmente el texto, pero no para intentar ver el conjunto como una unidad orgánica, en la que el pasaje en cuestión no hace sino cooperar, por su parte, al fin general del conjunto, que no es, en absoluto, aconsejar la práctica de la pederastia. ¡Ni muchísimo menos!

Para entenderlos bien y dar con la finalidad auténtica que ha movido al poeta a escribir estos versos es preciso, pues, considerar todo el pasaje en que se hallan integrados, que es VI, 21-81. En él hay dos ideas motrices: la primera es disuadir al amigo Póstumo, el destinatario de la sátira, de su idea de contraer matrimonio; la segunda es la causa que mueve al satírico a este intento de disuasión: la inmoralidad de las casadas romanas.

Examinemos, ya de cerca, el texto. Empieza el poeta a declarar que el adulterio no es nada nuevo en el mundo (v. 21), y, puesto en la circunstancia concreta y temporal suya, la Roma del s. I, ¡qué tremendo disparate es casarse! El poeta no puede menos que extrañar que su amigo, aún estando en su sano juicio (v. 28) pretenda contraer matrimonio. ¡Si sería mejor ahorcarse! (v. 30), ¡o precipitarse desde lo alto de una ventana! (v. 31), o sería incluso mejor que casarse hacer algo más repugnante que ahorcarse o despeñarse: practicar la pederastia (vv. 33-37). Con ello ha llegado Juvenal a una cima de expresividad y patetismo, por un método usual en él, y ahora, en enlazamiento perfecto, sigue la justificación que ha llevado al poeta a esta cima: nos muestra, en los vv. 37-81, pasaje de los cimeros en toda su obra, una serie de mujeres que más que tales son auténticos monstruos de degradación y envilecimiento: Hiberina, Tímele, Tucia, Elia, Híspula...

¡Qué diferentemente suenan ahora aquellos versos de Juvenal! No son sino, en efecto, la culminación de una secuencia ascendente, cuya finalidad es disuadir a un amigo de que contraiga matrimonio. Y de la misma forma, porque el paralelismo es evidente, que el poeta no recomienda el suicidio a su amigo, tampoco lo recomienda la pederastia. Se limita a decir que suicidio y pederastia, por repugnantes que sean, son preferibles al matrimonio. Claro está que, en buena moral, tampoco podemos aceptar esta conclusión de Juvenal, pero no es ésto lo que ahora nos interesa, sino defenderle contra una imputación a todas luces injusta, que por un prejuicio difícilmente justificable, le ha sido hecha. Juvenal, autor de una noble moralidad, no iba a desdeñarse de ella en un punto tan clave, y nuestra interpretación del pasaje discutido no sólo es la única que no quiebra la unidad de la secuencia VI, 21-81, sino que no mancha en absoluto el limpio panorama ético que ofrece, de forma absolutamente convincente, la sátira del poeta de Aquino.

MANUEL BALASCH